

gutzizko berriya:	PELLO.	Norbait dator
arrek jarri ninduben	MACHIN.	Ote dá... Jesus! berá
aguro tentatzen	PELLO.	Echandria!
arrek jarri ninduben	MACHIN.	Echandria!
okerka pentsatzen.		Zakar dator
Kalian nijuala	PELLO.	Ai! galdubak gera. ¹
pentsatuaz...		

VICTORIANO IRAOLA.

LA GRUTA DE SAN VALERIO EN MONDRAGON.

(À MIS QUERIDOS AMIGOS LOS COMPAÑEROS DE EXPEDICION.)

«...Al lado de su vida positiva tenia su vida de imaginacion.. en la cual el hombre sólo goza por mitad de los beneficios del Creador.»

(X. B. SANTINE.)

Il me semble me trouver dans les palais des génies.... dont les matériaux sont des purs diamants, des perles et des rubis.»

(A. DE LAMOTHE.)

El veranose va, y sus cálidas brisas, que maduran los frutos y deshojan los árboles, templan en nuestro país la atmósfera convirtiendo, como dice un poeta, esta parte de la estacion en una de las más plácidas del año.

Entre el efecto que nos produce el sol, al dejarnos ver destellos de sus rayos que doran, en parte, argentadas nubes, y la brisa que

(1) Los que deseen adquirir uno ó varios ejemplares de esta obra que se halla ya impresa y de la que solo publicamos la primera escena, pueden dirigirse á su autor. (*Legazpi*. 5. *San Sebastian*.)

nos hace oír sus murmurios entre los tupidos robles de nuestros montes, el espíritu conmovido y la imaginación, la loca de la casa, nos animan á emprender una excursión, grata, cual gratas son las que en nuestro país se llevan á cabo, y conmovedora cual son conmovedoras las que, saliéndose del orden natural de la vida vulgar, nos lleven á contemplar, en su espléndida rudeza, paisajes bellísimos y decoraciones extrañas, deleite del alma los unos y admiración y pasto las otras del sentido estético.

Era el 17 del mes que corre y se trataba de visitar la singular cueva de San Valerio, sita bajo el gran peñascal de Campanzar, en jurisdicción de Mondragón, cueva célebre, citada como tal en tratados clásicos de mineralogía é historia natural, y nada extraño era que los individuos de la expedición, jóvenes la mayor parte, de buen humor los más é ilustrados todos, excepto el que estas mal pergeñadas líneas redacta, tratáramos de dar á la expedición, objeto de nuestra visita, determinado sabor entre expansivo y alegre, que sazonara nuestras ascensiones y *descensiones* en el calvario que voluntariamente emprendíamos.

Había entre nosotros músicos, alguno hasta wagneriano, propietarios, industriales, hombres del foro, comerciantes, médicos y hasta un medio poeta. Figúrense Vdes. si entre esta gente faltaría humor, y ocasiones mil para hacerlo ostensible á cada paso.

A las once de la mañana salíamos de Elorrio en alegre caravana á visitar dicha gruta, que si no es tan célebre por su formación como las del Perro, la de los Quesos, la de Staffa, la de Vingal y otras, tiene no obstante, bellezas dignas de ser contempladas.

La tierra, según la ciencia, existe, no inmóvil, no inerte, sino en un estado de incesante transformación, lenta unas veces, pero infatigable; brusca otras y representándose la acción de las fuerzas que entre ella actúan por cataclismos, por revoluciones espantosas. Bien sea efecto de la acción colosal de estas últimas, bien de la transformación minúscula, pero permanente y continuada, que filtraciones incesantes, que erosiones de gotas ó desgastes de corrientes de aguas llevaron á cabo, allá en edades remotas, en el período de creación de los días bíblicos, separáronse unas veces continentes, juntáronse otras veces tierras apartadas, hundiéronse en el abismo regiones extensas, surgieron en la campiña volcanes, eleváronse cadenas de montañas y agrietáronse rocas titánicas.

Unade estas grietas, formadas ó abiertas en época remotísima, como perteneciente á la formacion neptuniana de los geólogos y sita en rocas del terreno cretáceo; uno de estos rasguños, marcados por el dedo del Eterno en la sólida roca de Campanzar, iba á ser objeto de nuestra visita.

Pero dejémonos de escarceos científicos, pesados y molestos, máxime cuando nuestro prurito se reduce simplemente á hacer lo que, vulgarmente se llama un día de campo; á ensanchar nuestro pecho á impulso del oxigenado aire de nuestras montañas; á refrescar nuestras inteligencias, libres durante un momento de la férula del deber; en una palabra, á echar una cana al aire.

Salíamos, pues, de la villa de Elorrio á las once de la mañana, y despues de pasar junto á Iburgüen-torre, casa banderiza celebérrima, y Azcárraga, barrio notable por residir en él un hombre de mucho ruido y muchas luces, (como que es cohetero), entramos en la encañada de Iguria, la moderna Meca de algunos creyentes medio desengañados ya. A la derecha del camino elévase enhiesta en este barrio la hermita de Santa Lucía, y á la izquierda pudimos contemplar, de léjos, restos de un famoso reducto, segun version de las gentes del país por haberse rechazado desde el en la *francesada* un rudo ataque que dispusieron los enemigos de nuestra independencia.

La ascension al puerto de Campanzar es penosa, pero el trabajo que nos costó el subir á la parte alta lo compensó, en parte, la admiracion que nos producía la contemplacion de una naturaleza vegetal exuberante, y la fascinacion que causan las próximas rocas de Udalach, águila caudal lapídea, que extiende sus monstruosas alas, una hácia Elorrio y otra hácia Mondragon.

Llegamos al alto. Dejamos el repuesto para saludarlo á la vuelta en la taberna ó *tabernáculo* donde generalmente necesitan besar algo, y no sagrado, por más que sea *cristiano* las más veces, todos los que por allí pasan, y desde nuestra altura de seiscientos y pico metros sobre el nivel del mar, emprendimos rápidamente el descenso, entrando á poco en territorio de la hermana menor de las provincias vascas.

Allá abajo está Mondragon, pátria de Garibay y villa de nervio, gracias á la actividad de sus hijos. A un lado se divisa el monte de Babilonia, nombre fatal, sí, históricamente considerado, pero respetable hoy para los que en él se han fijado al hacer determinadas conge-

turas. En frente tenemos, á Aloña y al coloso vascongado Aitzgorri, en una de cuyas agrestes laderas, Aránzazu, tiene uno de sus asilos la reina de los cielos, la *Miriam* de oriente, el lucero de la mañana. Divisamos el valle donde se asienta la antigua Oñate, la Aténas pirenáica. A nuestra derecha y hasta que la vista choca con el abrupto Arlaban, tristemente célebre en nuestras contiendas políticas, extiéndose plácido el valle de Leniz, bañado por el jugueton Deba; y allá muy léjos, muy léjos, á una distancia que apenas alcanza el ojo humano, asoma por entre montes y brumas la nevada calva del viejo Aralar, el tocayo del monte bíblico; cuya semejanza de nombres citan algunos, entre ellos los doctos Larramendi é Iturriza, como documento étnico y prueba de la oriundeza armenia de nuestra raza indígena. ¡Qué espectáculo! ¡Qué vistas!

Pero.. nada de contemplaciones gratas, de lucubraciones más ó ménos poéticas, puesto que la necesidad de otra penosa ascension, desde la carretera á la gruta, ascension que hubimos de hacer todos *pédibus andando*, nos vuelve á la realidad de esta vida prosáica. Sudando, anhelantes, llegamos al fin á su entrada, rodeada de esbeltos ce-rezos, de copudos alisos.

Estábamos ya, pues, en el pequeño terraplen que á manera de vestíbulo se extiende frente de la mansion misteriosa que tratábamos de visitar, y que, segun la tradicion hablada, aunque nada probable, conserva los restos de San Valerio, conducido allá por sus discipulos despues de haber sido martirizado en Zaragoza. Ibamos, pues, á emprender ahora nuestra verdadera excursion, á llevar á cabo la idea primordial que hasta allí nos llevara; y una vez abierta la puerta que separaba el sol de la oscuridad, la naturaleza exuberante y fúlgida del antro lóbrego, precipitámosnos todos por la estrecha y pendiente galería. ¿Precipitámosnos digo? Este era efectivamente nuestro deseo; el afan nos impulsaba; pero el descenso, sin ser peligroso, infunde algun respeto y hubimos de pasar la angosta galería y bajar los húmedos peldaños con alguna prudencia, sin que esta fuera bastante, no obstante el cuidado de todos, para que el amigo Crispin dejara de medir el suelo, llevándose una costalada de las de *órdago*.

Esta parte de la cuera nada tiene de particular, de extraño. Es estrecha y baja, hasta obliga á encorvarse al pasar por ella, sin belleza alguna natural, y causa en el ánimo una impresion muy próxima al desistimiento de ir más adelante; pero la impresion

al descender los últimos peldaños es agradable, la transición magnífica.

La gruta se ensancha notablemente formando salones colosales, piezas espaciosas, cuyas paredes se cubren de preciosas cristalizaciones que reflejan en diversos cambiantes la luz mortecina de nuestras bujías; los flancos se ven como poblados de cariátides y esfinges numerosas, yertos y mudos centinelas que la acción erosiva del agua por una parte, y la cristalización de los carbonatos por otra durante muchos siglos, han modelado. Allá á la izquierda un trozo estalagmítico colosal que la devoción apela *El pilar de la Virgen*, llena el alma de asombro por su tamaño y belleza. Al otro lado vése entre esbeltas columnitas un delicado púlpito, con su escalinata tallada y sus airosos cortinones. En todas partes superficies cristalinas, como nichos y losas sepulcrales, predisponen el Animo en sentido lúgubre. Abundan por doquier, como epitafios curiosos, nombres quizá, en una escritura desconocida, de los génius del abismo. Arriba, y entre festones caprichosos, cuelgan lámparas fúnebres de purísima estalactita que iluminan débilmente el ántro por el reflejo que produce el iris que nos devuelve la gota de agua que se desprende de sus vértices, y en todas partes, por último, destácanse estalagmitas numerosas, imitando enhiestos blandones, túmulos, catafalcos y urnas cinerarias, adorno durante seculares noches de esta gruta preciosa, de esta magnífica y colosal geoda, mansion poética del génio de la muerte ó recatado gabinete del hada del silencio.

¡Ah, imaginación, imaginación! y hasta dónde necesitas remontarte para llegar al nivel de la realidad de las bellezas naturales que esta singular gruta atesora!

Estas ideas ocupaban nuestra mente, paseando, algo absortos, los espaciosos salones y curiosas galerías de San Valerio, cuando á eso de la media hora de admirar y avanzar se dió el alto.

Estábamos al fin de la galería matriz, y allí en un gabinetito natural, en una cripta tachonada de brillantes, que parece arrancada de ideales catacumbas, pudimos leer una inscripción en letras de oro sobre fondo negro, que dice:

«Isabel II y su augusta madre D.^a Marta Cristina, 21 de Agosto de 1845.»

«La Serma. Infanta D.^a María Luisa Fernanda, 28 de Agosto de 1845.»

Tambien D. Cárlos, segun nos dijeron los guías, habia visitado esta gruta durante la última guerra civil.

Teníamos que volver, pero ántes nos habíamos propuesto contemplar en lo posible las bellezas vírgenes, quizá no vistas é inesperadas, que adornan las altas bóvedas de la cueva. Ibamos para esto provistos de luces de artificio; y al encender la primera, una exclamacion de asombro, un *¡aaah!* prolongado, un *¡hurra!* frenético partió instintivamente del pecho y de los labios de todos. Lo que basta entónces habíamos visto, merced á los rojos destellos de nuestras débiles bujías, no era sino pálido reflejo de las bellezas que se descubrian con las nuevas luminarias.

Desde el sólido muro de los pelesgos, hasta los alicatados y afiligranados detalles de la arquitectura ojival, antes de su decadencia; desde las puras líneas del arte heleno, hasta los pesados caprichos del plateresco y del churriguera; ménsulas, columnas, capiteles, arcos, ojivas, balaustradas, frisos, cornisas, todos los detalles, en fin, de las arquitecturas todas se exhibian en bosquejo ante nuestros ojos en esta gruta natural. Pareciónos asistir á una exposicion del arte retrospectivo y contemplar un museo en ruinas que conserva aún en ordenado desórden la mayor parte de sus pristinas bellezas. Los nombres de los pueblos cadáveres asaltaban nuestra mente; el recuerdo de Tebas, Babilonia, Nínive, Tiro, Palmira, Elora, y Elefanta pasaba en confuso torbellino por nuestra imaginacion; nunca, en fin, con mayor razon pudo haberse dicho con nuestro gran Romea:

«Los imperios que pasaron
se alzan de sus tumbas lúgubres,
y cual gigantes espectros
á mi pensamiento acuden.»

El espectáculo que presenciábamos era, en efecto, la representacion fiel, la efigie vera de un pueblo grandioso y colosal en ruinas.

Desgraciadamente las luces de artificio consumieronse, las sombras invadieron el ántro ocultándonos otra vez tan fantásticos panoramas, y ántes de salir, apagadas todas las bujías, un animoso coro de «Marina» elegido al efecto por nuestro director, y no espiritual, el músico wagneriano, resonó potente, quizá por primera vez, bajo las misteriosas y macizas bóvedas de San Valerio, que, agradecidas, repitieronlo en sus ecos. Se cantó bastante mal, como es consiguiente, y así y todo el espíritu conmovido, creia asistir en aquel momento á a danza

fantástica en la que tomaban parte los forjados habitantes de aquel abismo, y la imaginación excitada, creía presenciar una de las escenas del infierno del Dante y ver, en medio de la lóbreguez, una aureola siniestramente iluminada, y en su centro la figura de *Dite*, el rey de los ántros, cuya presencia hizo exclamar al gran maestro:

«¡Ecco *Dite!*, ¡ecco *Dite!*»

Aquí. es donde debes armarte de fortaleza.»

La excursión subterránea acababa. Era preciso salir ya. Despedimos, pues, de los grandiosos salones de la gruta con pena; dimos el adiós á los génius que en ella habitan, con *amore*, y emprendimos la ascension de las escalinatas y estrechas galerías de entrada. A los pocos minutos una especie de penumbra primero, destellos luminosos más tarde y resplandores fúlgidos por último del astro rey, iluminaban nuestros pasos.

Las cálidas brisas besaban ya nuestro rostro, y los titanes de nuestra flora, los reyes de nuestra verde campiña, recibíamos con una sonrisa cuando llegamos á la boca de la gruta:

«Bostezo que dió la tierra
ántes del comun diluvio»

según la frase típica, aunque nada feliz, del maestro Góngora, el rey del culteranismo.

Una esbelta lechera que con las de Chamunix pudiera compararse, verdadera Graúben septentrional ó Wilis del Norte, según testimonio de algunos romeros que todavía no han ingresado en la cofradía de San Márcos, sirviéndonos el aguamanil con más finura que A don Quijote en casa de la duquesa, y á seguida la voz de ¡alalto! ¡alalto! salió como involuntariamente de los labios de todos.

Y era natural. Cansados, extenuados y con algo más que apetito regular, deseábamos llegar á Campanzar, donde nos esperaba el reposito y pensábamos descansar.

Llegamos por fin á la taberna que divide los términos jurisdiccionales de Guipúzcoa y Vizcaya, y el amigo Fuldain se encargó de preparar la merienda, que sazónada con la *mejor salsa*, que dice un escritor satírico, devoramos en el campo admirando bellísimos paisajes.

Desde el alto de Campanzar se ve todo el antiguo duranguésado. A la derecha Volalach primero y después Besaide, el sitio de la derrota de las legiones consulares de Augusto; Amboto, el respetable y cano *Aitona* de los días felices, el testigo presencial de tantas glorias

y á cuyos piés se asientan Ipisti, sepultura de los hijos de Amándarro, y Arrazola, quizá, y segun el parecer del P. Larramendi, la antigua y aún indeterminada *Aracillum* de la guerra cantábrica; más allá Allaiz y Acharte, el camino obligado de los peregrinantes á Urquiola, los enhiestos picos de Mañaria junto á Durango; la antigua Tabira, los montes de Zornoza; despues, y á la derecha, el Oiz, verdadero Guadarrama de este distrito, y mansiones en verano de nuestra vecina doña Urraca, la protagonista del poema de Manteli; el alto de Areitio, Miota y Mendisolo; más aquí los Berrios, empapados en sangre durante nuestros dias; Inchorta, etc., etc., sitios todos de bellezas, de recuerdos, de gloriosos hechos, de sensibles derrotas, forman un verdadero cordon de eminencias, vasto anfiteatro, sembrado de pintorescos valles, de lindos pueblos, de blancas y poéticas caserías, de espesos bosques y de superficies ajedrezadas de tierras labrantías; y aquí, bajo nuestros ojos, destácase, muellemente recostada al pié de la suave falda del verde Memaya, nuestra linda Elorrio, la hermosa villa de los macizos palacios, de los emparrados caseríos, de los escudos heráldicos y de las casas armeras. ¡Ah!, ¡y qué bello es todo esto!

Y acabáronse contemplaciones, porque la mesa está en la sopa, digo la sopa está en la mesa. Hirviente, humeante, magnífica nos la preparó improvisadamente el cocinero de la expedicion, y nada faltó en este banquete al aire libre, desde los exquisitos fiambres hasta la prosáica sopa de ajo; desde los licores finos hasta el champagne no espumoso, por ser de la fuente próxima, sazonado todo con el buen humor de los romeros y servido en una mesa de pino, sentados en banquillos de taberna, en plato comun con tenedores de hoja de lata y sendas cucharas de palo. Allá se comió, se bebió, se cantó, se peroró, se brindó, se dió, en una palabra, rienda suelta á las manifestaciones todas de la alegría y de la expansion, y hasta se hicieron frases.

Al llegar la sopa el músico wagneriano dijo:

—Esta sopa, no está hecha conforme á las reglas del arte.

—Es claro, contestó el semi-poeta; como que los artistas nunca han hecho sopa.

—Será, interrumpió uno de los del foro, porque los artistas, al ménos en España, nunca han tenido pan.

Tenia razon.

Pero es necesario acabar ya. El sol, ese rey de la naturaleza, ese juguete monstruoso de los insectos y de las aves, se despedia ocultan

dose tras de Velalach, mientras, en coro unánime, los pajarillos de la selva acompañábanle cantando en su vertiginosa carrera. Los *idepeatzailak*, segadores de helecho, descendian del monte, y en caravanas numerosas dirigíanse á la villa, melodiando armoniosos cantares. Las humildes chimeneas de los caseríos del valle humeaban ya, como volcanes en miniatura, que vomitan todos los dias entre las espirales del humo del hogar chispas de afecto domestico. Todo anunciaba la noche, en una palabra, y los expedicionarios á pié emprendimos la bajada, ayudados solo del humilde baston, ese prosáico remedo del piadoso bordon del peregrino ó del escudriñador *apotoc* del curioso, del *touriste*.

Volvimos, pues, á pasar por Iguria y Azcárraga, y á la hora poco más ó ménos de emprender nuestra marcha entrábamos en Elorrio, lamiendo los muros del parque del lindo establecimiento de los baños nuevos, entre cuyos laureles rusos, imitacion de los del Helicon, y airosas coníferas parecidas á cedros del Líbano, jugueteaban ya los genios de la noche, y á hora en que Morfeo recorria sus dominios, cubriendo con espesa cortina, con negro capuz, á la coqueta del valle, la linda villa, donde nos esperaban descanso, hogar y afecciones..... ¡Ah qué dia, Dios Santo! ¡Jamás se nos borrará de la memoria el recuerdo de tan poética excursion!

Y vamos á acabar. Nosotros, que entre el incienso del vapor de la sopa en Campanzar, recibimos del cariño de nuestros amigos la alta investidura de *cronista* de la expedicion, hemos cumplido nuestro encargo haciendo este insulso relato, este abigarrado mosaico, este pisto indigesto. Cúlpense á ellos si no les sirve siquiera para recordarles las mil impresiones gratas de este dia grato. Ellos son los responsables de su desencanto, por haber errado en la eleccion, para este objeto, de un compañero, que si en intencion y voluntad ante nadie cede, era y es indudablemente el ménos apto para llenar con lucimiento este cometido.

LEON DE CAPELÁSTEGUI.

Elorrio y Setiembre 1884.

